

# Pasos para la construcción de una historiografía LIJ\*

por Gustavo Bombini

**E**n esta presentación quiero dar cuenta de una línea de investigación en construcción que empezamos a desarrollar en la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín en el marco del Programa de Lectura, Escritura y Literatura Infantil y Juvenil y que quisiéramos imaginar como una línea compartida con distintos equipos de investigación y especialistas de todo el país. El propósito al definir esta línea fue el de comenzar a sistematizar lo que podríamos llamar un “macroproyecto”, a la manera de paraguas –si cabe esta metáfora–, que cubra el posible desarrollo de subproyectos radicados en el marco de ese programa de la UNSAM y en otros espacios de investigación, incentivando de esta manera la creación de redes de intercambio y producción cooperativa.

No voy a abundar en el diagnóstico tantas veces repetido sobre la zona de vacancia que constituye la tradición de investigación en el campo de la literatura infantil. Esto ha sido y sigue siendo repetido hasta el hartazgo (el menos hasta el mío) sin que se hayan destacado –salvo singulares excepciones– intentos ni sostenidos ni fructíferos a la hora de pensar en historizaciones de esta particular zona de la producción literaria, prosperando en general los panoramas, más vinculados a la historia reciente.

---

\* Trabajo leído en el marco de las *Segundas Jornadas de Literatura Infantil y Juvenil del Mercosur* realizadas en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Misiones 2012.

Una primera pregunta que podríamos hacernos a la hora de pensar en la producción de esta historia es por el reconocimiento de quienes son los especialistas en este campo: ¿académicos?, ¿divulgadores?, ¿profesores?, ¿escritores?. En el campo de los estudios literarios existe una distancia enorme y nítida desde el punto de vista teórico y metodológico entre un especialista en teoría literaria, en literatura argentina del siglo XIX o literatura medieval septentrional. Todos son especialistas en literatura pero en el interior de sus sub-campos se ponen en juego tradiciones y saberes, objetos, modos de establecer relaciones entre/con sus objetos bien diferenciadas, las mismas que imaginamos (y nos interesa subrayar) cuando un investigador se dedica a la recopilación, ordenamiento y análisis de un determinado corpus del folklore infantil a diferencia de un colega abocado al estudio de la relación texto-imagen en el libro álbum o de otro que hace trabajo crítico sobre la producción de la literatura juvenil contemporánea.

Este alto grado de especialización hablaría de un trabajo de construcción de campo y de una creciente diferenciación de tareas y de temas de investigación, es decir, de una necesaria sofisticación en la definición y en el abordaje del objeto de estudio.

Tal los casos de otros campos de reciente configuración como la didáctica de la lengua y la literatura o el de los estudios acerca de las políticas de lectura, o de lo que comúnmente se ha llamado “promoción de la lectura”, con una presencia cada más relevante y significativa en el escenario de las políticas públicas.

El campo de la historiografía literaria no ha gozado de suficiente prestigio en las últimas décadas. La puesta en circulación en la instituciones de formación de profesores e investigadores, sobre todo en las universidades, del programa intelectual de la teoría literaria hirió de muerte a un paradigma que durante aproximadamente dos siglos se enseñoreó como saber privilegiado acerca de la literatura: la historia literaria como relato de génesis, como suma de biografías de talentos notables, como museo conservador de un canon estático, pero también como espacio de

construcción de una nación y de una lengua. En lo pedagógico, el desprestigio del modelo historiográfico también fue importante; se ligaba a una concepción del conocimiento, asociada al saber enciclopédico, la apología del dato, a una lectura superficial, escasa o nula de los textos a favor de una parafernalia paratextual que se constituía como la imagen dominante del saber acerca de la literatura.

Los embates de la teoría literaria hacia la historia no estuvieron exentos de virulencia. Desde la discusión que propician los formalistas rusos trayendo nuevos conceptos como el de evolución literaria, el desplazamiento del eje histórico que hace el estructuralismo, hasta el cuestionamiento que hacen las teorías del lector a la hora de objetar la relevante presencia de la figura del autor en el campo historiográfico y por fin la puesta en jaque del propio relato histórico en la posmodernidad y en el contexto del neoliberalismo y las conservadoras teorías del fin de la historia. De lo poco que queda de esa historia literaria que hubo de reconocerse como el proyecto intelectual consagratorio en el momento de los nacionalismos culturales, se pueden destacar los enfoques o disciplinas, centrados en la historia de la recepción, sobre todo alemana (Iser, Jauss) como parte de nuevas tendencias en la historiografía académica y por otro lado, los aportes, ya por fuera de los estudios literarios y más cerca de los estudios culturales que recogen los otros modos posibles de hacer historia: las microhistorias, del libro, de la lectura, de las bibliotecas, del diseño gráfico, de la ilustración e incluso de los libros de texto y de las disciplinas escolares donde la literatura infantil podría estar ocupando algún lugar, de la infancia, entre otras.

A su vez, en paralelo a esta situación de la teoría literaria tradicional, desde los años 60 y hasta inicios de los 80 en el área cultural latinoamericana se dan una serie de intentos de construcción de una fuerte discusión historiográfica que retoma el legado de gran intelectual dominicano radicado en Argentina, Pedro Henríquez Ureña, a través del trabajo que realiza el crítico uruguayo Ángel Rama, en diálogo con el trabajo de otros lati-

noamericanos que trabajan en el Instituto de Latinoamericanística de la Universidad Libre de Berlín, entre ellos el colombiano Carlos Rincón y el argentino Alejandro Losada Guido, de origen cordobés. Losada, nacido en 1936, escribió varios trabajos programáticos y metodológicos sobre la historia literaria en torno a su proyecto “Historia Social de la Literatura Latinoamericana”; Losada muere en 1985, cerca de Cuba, en un accidente aéreo.

De lo más accesible en nuestro país, en el año 1985 el Centro Editor de América Latina publica en su Colección Bibliotecas Universitarias, dirigida por Amanda Toubes, un volumen denominado *La literatura latinoamericana como proceso* que recoge materiales de un coloquio realizado en la Universidad de Campinas (Brasil), que es el segundo después del anterior realizado en Caracas, para el desarrollo del Proyecto de Investigación de Historia de la Literatura Latinoamericana, con el apoyo de la UNESCO: En ese encuentro están presentes el mencionado Ángel Rama, Ana Pizarro de Chile; Antonio Cándido, de Brasil; Beatriz Sarlo de Argentina y una cantidad de especialistas entre los más significativos en el campo de los estudios historiográficos de entonces.

Considerando a esta publicación del CEAL como un hecho aislado, sabemos que en las líneas de investigación de la universidad argentina de los años 80 y 90 la historiografía literaria no formó parte de lo considerado central y que la historia literaria como proyecto intelectual no estuvo entre las aspiraciones de investigadores y críticos de entonces. Los trabajos de relectura de cierto canon estable o la operación de recolocación o colocación de nuevos autores agrupó a unos pocos nombres y tendencias, dentro de la literatura argentina del siglo XIX (la gauchesca, Sarmiento, la generación del '80, en los trabajos de Ludmer, Sarlo o Barrenechea), o de autores del siglo XX como Borges (Barrenechea, Pezzoni, Sarlo); Macedonio Fernández (Barrenechea, Zubietta, Camblong); Puig (Pezzoni, Panesi, Pauls); Saer (Montaldo, Gramuglio); Arlt (Pezzoni, Saitta). En este sentido, podemos decir que la productividad de la lectura/relectura marca una fuerte

impronta en la escritura crítica de la época y en el tipo de trabajo, intraliterario, de corte textual lo que genera una verdadera pedagogía de la lectura desde la academia hacia otros espacios como la crítica periodística y la pedagogía universitaria y, en mucha menor medida, hacia los otros niveles de la enseñanza.

Del lado de las historias literarias, la producción es escasa. El último gran espacio de corte divulgativo, pero no por eso menos riguroso e informativo, lo había dado *Capítulo*, la historia de la literatura que publica el Centro Editor de América Latina y que dirige, en su segunda edición del año 1982, la profesora Susana Zanetti y que tiene la virtud de colocar en un amplio espacio de lectura, información y textos no solo clásicos sino, y sobre todo nuevos narradores de las décadas del 60 y 70.

Podemos nombrar algunas excepciones y propiciar alguna reflexión sobre ellas. Por un lado, el excelente trabajo de Adolfo Prieto de la Universidad Nacional de Rosario, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna* centrado en el impacto que tienen las campañas de alfabetización sarmientinas en la formación de un lector moderno, consumidor de la cultura del criollismo y de la prensa en expansión. Se trata de un trabajo puntual que como el libro de Beatriz Sarlo *El imperio de los sentimientos*, que analiza la recepción de las novelas semanales en el público femenino de los años 30, son ejemplos del trabajo posible con la historia de la recepción. No son trabajos panorámicos ni mega-proyectos pero muestran las armas posibles de la crítica a la hora de historizar. También el trabajo panorámico y actualizador que desarrolla Martín Prieto en su *Breve historia de la literatura argentina* publicada en el 2006.

Más ambiciosos, sin duda, son algunos tomos aparecidos en los últimos quince años de, por un lado, la *Historia Social de la Literatura Argentina* dirigidos por David Viñas y de la *Historia Crítica de Literatura Argentina* dirigidos por Noé Jitrik, coordinados en ambos casos, cada tomo, por un especialista convocado por el respectivo director. Si bien podríamos detenernos en el análisis sobre el modo en que estas historias pensadas como obras magnas de varios tomos, a partir de un recorrido por los ín-

lices de ellas, lo que nos muestran a primera vista es que tras el agrupamiento temporal, genérico o político que eligen como criterio de recorte (Borges entre Irigoyen y Arlt, La narración gana la partida, Sarmiento, Macedonio Fernández) lo que en definitiva se lee en los índices de estos tomos, es una sucesión de monografías yuxtapuestas, en el sentido de que, dada la diversa autoría, cada crítico escribe un capítulo y parece no producirse cierto efecto de ilación o continuidad en el relato propuesto. Sin poner en duda, la relevancia sobre todo para el campo de la crítica de estos aportes, se ratificaría la advertencia que hacía Walter Benjamin al percibir la crisis del viejo proyecto historiográfica nacionalista, que fuera el eje de los proyectos intelectuales de De Santis, en Italia, de Taine, en Francia, de Menéndez y Pelayo en España y de Ricardo Rojas en Argentina, entre finales del siglo XIX y principios del XX, en su trabajo “Historia literaria y ciencia de la literatura” donde Benjamin advertía sobre el riesgo de que los proyectos que recayeran bajo el nombre de “historias literarias” se constituyeran en un mero agrupamiento de monografías.

Párrafo aparte merece el caso de David Viñas con sus clásicos trabajos *Literatura argentina y realidad política* con sus correspondientes reediciones, reescrituras y cambios de título que marcan una inflexión de corte ensayístico que da un giro ideológico fundamental respecto de la fundante y monumental *Historia de la literatura argentina* de Ricardo Rojas.

Si toda historia literaria supone de suyo una antología, así lo pensó Ricardo Rojas y varias décadas después la serie Capítulo de CEAL, este recorte define no solo un corpus y unos objetos materiales sino también una definición acerca del objeto literatura, una cierta definición de su especificidad, es decir, algunas respuestas para la consabida pregunta “¿qué es literatura?”. Una de estas respuestas es la que sostiene la concepción de literatura con la que nacen las historias literarias del siglo XIX, y es la que irradiaba tempranamente en los manuales de historia de la literatura para la escuela secundaria. Al respecto, en el mismo artículo, ya citado, Benjamin recurre a una poderosa metáfora:

En este pantano la hydra de la estética escolar se encuentra a sus anchas, con sus siete cabezas: creatividad, intropatía, intemporalidad, recreación, experiencia vivida en común, ilusión y goce artístico. Si se desea conocer mejor el mundo de sus adoradores, basta hojear la más reciente antología representativa en la que los historiadores alemanes de la literatura actual se esfuerzan por rendir cuentas de su trabajo.

Pero más allá de esta poderosa hydra de reminiscencias escolares, la pregunta por la especificidad retorna en cada texto y como hemos dicho el adjetivo “infantil” resuena disonante frente a ese riesgo, tan caro a la teoría de la literatura, de que andemos definiendo a la literatura por su destinatario. Crimen de lesa literatura truena la academia y nosotros decimos que esa dimensión pragmática es insoslayable, que hace a la naturaleza material de ese objeto pero a la vez decimos que es necesario ir más allá en el recorrido por las definiciones posibles de objeto, sin circunscribirnos al campo de la teoría literaria, casi entendida como una disciplina de lo inmanente.

Por otro lado, vale aclarar, no estamos aquí abogando por la restitución de una suerte de relato totalizador, como era el de las nacionales en proceso de su construcción, al menos no caeríamos en la ilusión de transparencia y de correlación entre textos y acontecimientos históricos, no volveríamos a una historia de héroes literarios, puestos en los pedestales de las efemérides de los clásicos: el día del libro infantil a propósito de Andersen, no nos parece un interesante prolegómeno para empezar a pensar una historia.

En este sentido, la primera observación que venimos realizando de algunos artículos panorámicos, de algunas investigaciones inéditas así como también de algunas historias de la literatura infantil producidas en España –referidas al ámbito iberoamericano, como dicen ellos, que nos inventan– y en algunos países latinoamericanos es que estos bien intencionados trabajos parecen saltarse, no tener en cuenta la discusión historiográfica previa, la de la llamada “literatura mayor“, pero que es la

que pone en juego referencias culturales de ida y de vuelta, marco teóricos y parámetros metodológicos para comenzar a pensar esta cuestión historiográfica.

Destacable es el hecho de que en uno de los tomos de la *Historia Crítica* de Noé Jitrik, Elsa Drucaroff, coordinadora del tomo *La narración gana la partida*, le haya sido solicitada a María Adelia Díaz Rönner un artículo referido a literatura infantil en Argentina que, bien aprovechado por ella, al darle a esa colaboración un enfoque histórico. En relación con esto es significativo que unos años antes, a principios de los noventa, el grupo Anacóna integrado por la propia Díaz Rönner, por Graciela Montes, por Maite Alvarado y por Elena Massat, con sede en el Instituto de Literatura Hispanoamericana “Pedro Henríquez Ureña” de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA dirigido por Noé Jitrik, había armado una primera agenda de investigación que incluía la historización de la literatura infantil.

Para seguir avanzando, en estos “Pasos...” que propongo me detengo en otra publicación de la época, a la que también percibo como aislada, como fuera de la agenda de época y que es el número monográfico Año XXII, 2 de 1987, de la revista *Filología*, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso” de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA dirigido por Ana María Barrenechea. El tema de ese número monográfico es La (s) historia (s) de la literatura y en su breve introducción Barrenechea traza una agenda de trabajo en relación con la necesidad de recuperar la tradición de los estudios historiográficos de los sesenta, a la que ya hice referencia, y convoca por esto a colaboradores de todo el mundo para hacer un estado de la cuestión, Entre ellos se encuentran, otra vez Ana Pizarro, de Chile; Gumbrecht, representante de la historia de la recepción; Haroldo de Campos, de Brasil; Josefina Ludmer, Susana Zanetti y Ana María Zubieta entre los argentinos. Quiero decir que la prédica de Anita (como todos llamábamos con cariño a Ana María Barrenechea) no fue en vano, más allá de que el tema de la historiografía no se haya puesto de moda. Y para ratificarlo me voy a



detener en un trabajo, el primero de este monográfico, escrito por el investigador peruano Enrique Ballón Aguirre pues creo que reconoce un interés especial para el campo que nos preocupa. El trabajo se llama “Historiografía de la literatura en sociedades plurinacionales (Multilingües y pluriculturales (un escorzo)”. En la misma época Ballón Aguirre con otros autores había publicado el tomo III de la Antología general de la prosa del Perú que incluye un colofón llamado “La producción narrativa peruana: de la Academia al graffiti”, donde la antología ratifica una tipología de géneros de gran amplitud, lo que forma parte de unos de los argumentos historiográficos más fuertes del artículo que comento.

En el artículo Ballón Aguirre, luego de ligar, la tradición de la historias literarias a la tradición de los nacionalismos y a la cultura escolar, plantea una advertencia de tipo epistemológica recurriendo a una metáfora del campo de la psicología y es la noción de escotoma que en un primer sentido se refiere a “la zona del campo visual en que los estímulos luminosos son ineficaces”, en un sentido figurado, Ballón Aguirre habla de “escotomas epistemológicos” para referirse a los límites de comprensión sobre el objeto de conocimiento que se estudia.

Basándose en una teoría de los sistemas culturales y apoyándose en la dimensión política que supone la jerarquización en la Carta Constitucional peruana del español y en parte del aimara y el quechua por sobre el resto de las lenguas, sus familias y sus dialectos. Ballón Aguirre restituye una clasificación de lenguas en uso y plantea el interesante tema de la noción de autoría como central en la producción literaria del castellano del Perú frente a las lenguas ancestrales ligadas a la idea de anonimato, es decir, el contraste entre un sujeto individual y un sujeto colectivo, que es también el contraste entre mundo de escritura y mundo de la oralidad.

Esta concepción que sirve de base a la construcción historiográfica que detenta Ballón Aguirre se hace evidente en el siguiente cuadro, donde interesa el lugar que ocupa la literatura infantil.



El desafío de la construcción de una metodología para la historia de la literatura infantil habrá de precisarse a medida que los materiales acumulados, las fuentes, las lecturas vayan mostrando la complejidad del objeto en cuestión. Donde es claro que esta tensión oralidad/escritura en tanto la “cultura de la infancia”, el “childlore”, según la expresión de investigadores ingleses los esposos Opie, son esa otra cultura secreta que la infancia transita de manera más regularmente reproductora de las memorias orales (canciones coplas, rimas, juegos) o más abiertamente transgresivas cuando estos materiales orales, se “reescriben”, es decir, se “reoralizan” para generar textos de resistencia, de parodia a la autoridad, también formaría parte –y cómodamente– según el cuadro de Ballón Aguirre. Y ahí las propias tradiciones argentinas nos respaldan. Sabemos que desde el año 1945 desde el Consejo Nacional de Educación, la Dra. Berta Elena Vidal de Battini llevó a cabo una enorme investigación sobre las tradiciones orales en la Argentina donde involucró a miles de maestras y maestros de las llamadas escuelas Láinez para que fueran informantes y recogieran la memoria de la tradición oral. El producto de esa investigación fueron 10 tomos de compilación bajo el nombre *Cuentos y leyendas populares de la Argentina* publicados por Ediciones Culturales Argentinas de la Secretaría de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación en 1984.

Se trata de una enorme producción colectiva producida desde el escenario mismo de la escuela en su potente vínculo cultural con las comunidades.

Vale entonces reforzar la idea de complejidad de este campo a historizar donde ninguna perspectiva sesgada, ningún “escotoma” es posible en tanto los abordajes han de ser interdisciplinarios. Lo pedagógico y las referencias al mercado editorial atravesando como es el caso de las investigaciones históricas que desarrolla el equipo de Cepropalij de la Universidad Nacional del Comahue, la historia de la infancia referencia insoslayable de la que el trabajo de Sandra Carli es nuestra guía fundamental, los entrecruzamientos evidentes con el campo de la historia del diseño gráfico y de la ilustración. Hace poco recibimos con Cecilia Bajour como profesor invitado en nuestra Carrera de Especialización en Literatura Infantil en la UNSAM al ilustrador Istvan quien presentó un minucioso y sorprendentemente documentado recorrido por las relaciones entre literatura infantil, ilustración y proyectos editoriales que debería formar parte de esta historia que nos proponemos, o los cruces con el campo de la historia de la infancia, con el psicoanálisis sobre los que viene trabajando la investigadora de la UBA, Mirta Gloria Fernández. Cruces productivos que me imagino y que aún no han sido explorados entre lectura, literatura e historia de la vida cotidiana, lo que me hace pensar en algo que me gusta llamar “historia de las crianzas” y qué lugar ocupa la oralidad y la escritura en la construcción de esas diversas posibilidades de las crianzas 

